

## ACTO TERCERO

Palacio de la Regente.

MARGARITA DE PARMA

¡Debía haberlo sospechado! El que vive metido en el trabajo y la fatiga piensa que hace siempre cuanto es posible; y el que mira y manda de lejos, se figura que sólo pide lo posible... ¡Oh, los Reyes! Jamás hubiera creído que esto me había de causar tal disgusto. ¡Hermosa cosa es mandar... y abdicar!... No sé cómo mi padre pudo hacerlo, y sin embargo, ¡yo lo haré también!

Aparece MAQUIAVELO en el fondo.

REGENTE.—Acércate Maquiavelo; estoy pensando en la carta de mi hermano.

MAQUIAVELO.—¿Puedo saber lo que contiene?

REGENTE.—Tan delicada atención hacia mi persona, como solicitud por sus Estados. Celebra la firmeza, la sabiduría y la lealtad con que, hasta aquí, he velado por los derechos de Su Majestad en esta tierra. Compadécese por lo mucho que me da que hacer este pueblo indomable. Está tan plenamente convencido de mi penetración de miras, tan extraordinariamente satisfecho de mi

EGMONT

301

proceder, que casi me atrevo á juzgar la carta demasiado lindamente escrita para un rey; para un hermano, ni que decir tiene.

MAQUIAVELO.—No es esta la primera vez que os ha demostrado su legítima satisfacción.

REGENTE.—Pero sí la primera en que es figura retórica.

MAQUIAVELO.—No os entiendo.

REGENTE.—Ya lo entenderás. Pues él piensa, después de esta introducción, que sin hombres, sin un pequeño ejército, yo siempre haré aquí malísima figura. «Hemos hecho mal, dice, en sacar por las quejas de los habitantes nuestros soldados de las provincias»; piensa que la ocupación, pesando al ciudadano sobre la nuca, le impide dar grandes saltos.

MAQUIAVELO.—Eso excitaría sobremanera los ánimos.

REGENTE.—Pero el rey piensa... ¿entiendes?... Piensa que un general hábil, uno de esos que no aceptan razones, daría cuenta muy pronto del pueblo, de la nobleza, de los burgueses y de los paisanos; y, por consecuencia, envía, con un fuerte ejército al, duque de Alba.

MAQUIAVELO.—¡Alba!

REGENTE.—¿Te admiras?

MAQUIAVELO.—Decís: envía. Es decir, que pregunta si ha de enviar.

REGENTE.—El Rey no pregunta; envía.

MAQUIAVELO.—Vais, pues, á tener á vuestro servicio un guerrero experimentado.

REGENTE.—¿A mi servicio? Habla con franqueza, Maquiavelo.

MAQUIAVELO.—No quisiera anticiparme á vos.

REGENTE.—Y yo quisiera disimulármelo. ¡Lo siento, lo siento mucho! Preferiría que mi hermano dijese su pensamiento, á que firme epístolas oficiales escritas por un secretario de Estado.

MAQUIAVELO.—¿No sería bueno reflexionar?

REGENTE.—Los conozco por dentro y por fuera. Quieren deshacerse de nosotros, y como no lo hacen por sí mismos, ponen su confianza en cualquiera que viene con la escoba en la mano. ¡Oh, paréceme estar viendo al Rey y á sus consejeros bordados sobre este tapiz!

MAQUIAVELO.—¿Tan al vivo?

REGENTE.—Sin faltar un punto. Hay entre ellos buenos hombres. El honrado Rodrigo, tan instruído y moderado, no alcanza mucho; pero no deja caer nada. Alonso el recto; el laborioso Freneda; el firme Las Vargas y algunos otros que van con ellos, cuando domina el buen partido. En cambio, está el toledano, de hundidos ojos, frente de bronce y mirada de fuego, murmurando entre dientes contra la flaqueza femenina y sus concesiones; diciendo que las mujeres pueden montar un caballo amaestrado, pero que son muy malas domadoras. Y otras bromas por el estilo, que en otro tiempo tuve que aguantar de los señores políticos.

MAQUIAVELO.—¡Buena paleta de colores habéis elegido para vuestro cuadro!

REGENTE.—Asegúrote, Maquiavelo, que en todos los matices no hay un pardo tan sombrío, ni hiel tan negra como la fisonomía de Alba, y como los tonos que usa

en sus pinturas. Para él, todos son blasfemos de Dios, todos ultrajan al Rey, y en este capítulo á todos se les puede enrodar, empalar, descuartizar y quemar. El bien que aquí he hecho, visto de lejos, no parece nada, precisamente porque es bien. En cambio, se agarra á cada una de las algaradas que han pasado, recuerda cada tumulto que se apaciguó, y pone todo á los ojos del Rey tan lleno de motines, sublevaciones y temeridades, que al Rey se le figura que aquí se están devorando unos á otros, cuando hace mucho tiempo hemos olvidado ya esas rápidas y pasajeras incivildades de un pueblo brusco. Así es que cobra á estas pobres gentes el aborrecimiento más profundo. Hacénsele odiosas, considéralas como animales monstruosos, y piensa que se contiene á los hombres á sangre y fuego.

MAQUIAVELO.—Me parece que estáis muy dura; lo tomáis con demasiada viveza. ¿No quedáis de Regente?

REGENTE.—¡Conozco esas cosas! Traerá sus instrucciones. Soy bastante vieja en los negocios de Estado, para saber cómo se quita de enmedio á una persona sin retirarle su comisión. Presentará instrucciones indeterminadas y oscuras, y se irá apoderando de todo, porque tiene la fuerza. Si me quejo, pretestará instrucciones secretas; si pido verlas, me irá entreteniéndome; si persisto, me enseñará un papel que contenga otra cosa distinta, y si no me conformo, será como si se lo contase al aire. Entretanto, habrá ejecutado aquello que yo temía, y alejado indefinidamente lo que era objeto de mis deseos.

MAQUIAVELO.—¡Quisiera poder contradeciros!

REGENTE.—Con su dureza y sus crueldades, volverá á irritar lo que, á fuerza de paciencia, había yo apaciguado. Con mis propios ojos veré destruída mi obra, y sobre esto, tendré que cargar con culpas tuyas.

MAQUIAVELO.—Eso puede esperarlo con seguridad vuestra alteza.

REGENTE.—Tengo bastante dominio sobre mí para contenerme. Que venga; yo le dejaré el sitio de la mejor manera posible, antes que me eche.

MAQUIAVELO.—¿Y vais á dar, tan pronto, paso de tanta importancia?

REGENTE.—Más difícil es de lo que piensas. Cuando tenemos costumbre de mandar; cuando hemos tenido cada día en nuestras manos el destino de miles de hombres, bajamos del trono como para ir al sepulcro. Pero antes eso, que permanecer como una sombra entre los vivos, queriendo conservar, por vana apariencia, un puesto que posee y del cual goza otro, que nos ha sustituido.

—————  
Casa de Clarita.

CLARITA y su madre.

MADRE.—Amor como el de Brackemburgo, no lo he visto jamás; creí que no existía sino en las historias de héroes.

CLARITA.—(Se pasea por la habitación, cantando á media voz.)

Sólo es feliz  
La que adora.

MADRE.—Sospecha tus relaciones con Egmont, y sin embargo, creo que si le tratases con un poco de afecto, queriendo tú, se casaría contigo.

CLARITA (canta).—En la alegría,  
En el duelo,  
En la agonía,  
En la gloria,  
En la duda,  
En la miseria;  
Pensativa,  
Soñadora,  
Sólo es feliz  
La que adora.

MADRE.—Deja ese estribillo.

CLARITA.—No me lo desprecies; es una canción muy eficaz; con ella he dormido muchas veces á un niño grande.

MADRE.—No tienes en la cabeza más que tu amor; todo lo olvidas por una cosa sola. Dígame que deberías tener en mucha estimación á Brackemburgo. Aun puede algún día hacerte feliz.

CLARITA.—¿Él?

TOMO II.

MADRE.—¡Oh! ¡Si! Llega un tiempo... Las jóvenes no prevéis, ni dais oídos á nuestra experiencia. La juventud, el amor bellissimo, todo tiene su término, y llega un tiempo en que da uno gracias á Dios, si tiene un rincón donde esconderse.

CLARITA (se estremece, se calla y se sobresalta).—¡Madre, dejad que el tiempo llegue como la muerte; pensarlo por anticipado es espantoso! Cuando venga, cuando no tengamos otro remedio, ya nos esconderemos como podamos. ¡Egmont! ¡Vivir sin ti! (Morando). ¡No es posible! ¡No es posible!

Entra EGMONT embozado y con el sombrero echado sobre las cejas.

EGMONT.—¡Clarita!

CLARITA (da un grito y se echa atrás).—¡Egmont! (Corre á él presurosa.) ¡Egmont! (Le abraza y apoya la cabeza en su pecho). ¡Oh mi bueno, mi amado, mi dulce Egmont! ¿Vienes? ¿Estás aquí?

EGMONT.—Buenas noches, madre.

MADRE.—¡Dios os guarde, noble señor! Mi niña estaba casi muerta porque tardábais en venir. Todo el día se lo ha pasado hablando de vos y cantando cosas vuestras.

EGMONT.—¿Me daréis de cenar?

MADRE.—Sería una honra demasiado grande si tuviésemos algo que daros.

CLARITA.—¿De veras? No hay cuidado, madre. Ya he

puesto yo mano en ello; lo he preparado todo; ¡no me descubráis, madre!

MADRE.—Una pobre cena.

CLARITA.—¡Eso ya se verá! Además, me pongo á pensar: «Cuando está él á mi lado, yo no tengo pizca de hambre; por consiguiente, él no debe tener gran apetito cuando está al lado mío.»

EGMONT. ¿Tú crees? (Clarita da con el pie en el suelo y se vuelve.) ¿Qué te pasa?

CLARITA.—¡Cómo estáis hoy tan frío! ¡Todavía no me habéis pedido un beso! ¿Por qué tenéis los brazos envueltos en la capa, como una criatura en mantillas? No le está bien á un soldado, y amante por añadidura, tener los brazos sujetos.

EGMONT.—Según y conforme, queridita, según y conforme. Cuando el soldado está en acecho y por astucia quiere conseguir algo del enemigo, se cruza de brazos y madura su proyecto. Y un amante...

MADRE.—¿No queréis sentaros y descansar? Voy á la cocina; Clarita no piensa en nada cuando estáis aquí. Tenéis que dispensar.

EGMONT.—El mejor condimento es vuestra buena voluntad.

CLARITA.—Y entonces mi amor, ¿qué será?

EGMONT.—Todo lo que tú quieras.

CLARITA.—Compáralo con algo si tienes valor.

EGMONT.—Ante todo, de este modo. (Arroja la capa y se queda en espléndido traje).

CLARITA.—¡Oh, Dios!

EGMONT.—Ahora tengo los brazos libres. (La abraza.)

CLARITA.—Soltad, que os descomponéis. (Se echa atrás.) ¡Qué cosa tan magnífica! ¡No me atrevo á tocaros!

EGMONT.—¿Estás contenta? Te había prometido venir una vez vestido á la española.

CLARITA.—Hace mucho tiempo que no os lo he vuelto á pedir; pensé que no queráis... ¡Ah! ¡Y el Toisón de oro!

EGMONT.—Ya lo ves ahora.

CLARITA.—Este te lo puso al cuello el Emperador.

EGMONT.—Si, niña; y esta cadena y esta condecoración dan, á quien los lleva, los más nobles privilegios. Yo no reconozco en la tierra otro juez de mis acciones que el gran maestro de la orden, con todos los caballeros reunidos en Capítulo.

CLARITA.—¡Oh, tú podrías dejarte juzgar por el mundo entero! El terciopelo es magnífico, y el oro, y el bordado. No se sabe por dónde principiar.

EGMONT.—Míralo todo á tu gusto.

CLARITA.—¡El Toisón de oro! Una vez me contasteis su historia, y dijisteis: «Es una insignia grande y preciosa, que cuesta mucho trabajo ganarla y merecerla.» Es muy valiosa. Puedo compararla con tu amor, que llevo también en mi pecho... Y después de todo...

EGMONT.—¿Qué quieres decir?

CLARITA.—Después de todo... no se parecen.

EGMONT.—¿Por qué?

CLARITA.—Yo no lo he ganado con trabajo, yo no lo he merecido.

EGMONT.—En el amor sucede todo lo contrario; tú lo mereces, porque no lo has pretendido. Y la mayor parte de las veces, sólo lo obtienen aquellos que no lo han buscado.

CLARITA.—¿Lo dices por tí? ¿Has hecho esa orgullosa observación sobre tu propia persona? ¿Tú, á quien todo el pueblo adora?

EGMONT.—¡Si hubiese hecho algo por ellos! ¡Si pudiese hacer algo en su favor! Me quieren, por su buena voluntad.

CLARITA.—Por supuesto, hoy habrás hablado con la Regente.

EGMONT.—He estado á verla.

CLARITA.—¿Estás bien con ella?

EGMONT.—Así parece al menos. Somos mutuamente amables y serviciales.

CLARITA.—¿De corazón?

EGMONT.—La quiero bien. Tenemos cada uno nuestras miras propias, pero esto no importa nada. Es una excelente mujer, conoce el mundo, y sería bastante penetrante si no fuera desconfiada. Yo le doy mucho que hacer, porque detrás de mi conducta busca siempre secretos, y no hay ninguno.

CLARITA.—¿Ninguno absolutamente?

EGMONT.—¡Eh! Siempre hay una pequeña reserva. Todos los vinos, con el tiempo, dejan en los toneles tár-taro. Orange es para ella una pesadilla todavía mayor, y un problema constantemente nuevo. Ha cobrado fama de estar siempre tramando algo en secreto, y por eso

observa ella su frente, para saber lo que podrá pensar, y sus pasos, para calcular á donde podrán dirigirse.

CLARITA.—¿Es disimulada?

EGMONT.—¿Y lo preguntas siendo Regente?

CLARITA.—Perdona; quise preguntar si es falsa.

EGMONT.—Ni más ni menos que todo el que quiere conseguir sus fines.

CLARITA.—Yo en el mundo no me hallaría; pero ella tiene espíritu varonil, es otra clase de mujer que nos otras, las que cosemos y guisamos. Es grande, animosa, decidida.

EGMONT. Sí, mientras la cosa no se complica del todo. Esta vez está un poco desconcertada.

CLARITA.—¿Cómo es eso?

EGMONT.—También tiene su poquito de bigote y algunas veces su ataque de gota. Es una verdadera amazona.

CLARITA.—Es majestuosa; miedo me daría presentarme delante de ella.

EGMONT.—Tú, sin embargo, no eres tímida. No será miedo, sino rubor juvenil. (Clarita baja los ojos, coge su mano y se inclina hacia él.) Te comprendo querida niña, puedes alzar los ojos. (Se los besa.)

CLARITA.—Déjame callar y tenerte cogido, y mirar tus ojos y encontrar en ellos todo: consuelo y esperanza, y alegría y pena. (Le abraza mirándole con fijeza.) ¡Dime! ¡Dime! Yo no comprendo... ¿Eres Egmont? ¿El conde Egmont? ¿El grande Egmont, que hace tanto ruido, de quien las gacetas hablan y las provincias están pendientes?

EGMONT.—No, Clarita, no soy ese.

CLARITA.—¿Cómo?

EGMONT.—Mira, Clarita, dejame que me siente. (Se sienta, ella se arrodilla á sus pies en un escabel, colocando sobre su regazo los brazos, y mirándole de hito en hito.) Aquel es un Egmont deshumorado, tieso, frío, que está siempre sobre sí, y tiene que poner unas veces esta cara y otras la otra; cuando le creen alegre y gozoso, está molestando, desconocido, embrollado. Querido por un pueblo, que no sabe lo que quiere; honrado y ensalzado por una muchedumbre, con la cual no se puede contar; rodeado de amigos, en quienes no se atreve á confiar; observado por hombres que por todos los medios quieren tener algo por donde cogerle; trabajando y fatigándose sin objeto y la mayor parte de las veces sin recompensa... ¡Oh! ¡Deja que pase en silencio lo apenado, lo desalentado que está! Pero éste, Clarita, que está tranquilo, que es expansivo, feliz, amado y conocido por el más hermoso de los corazones, que también conoce y con entero amor y confianza estrecha contra el suyo... (La abraza) ¡este es tu Egmont!

CLARITA.—Pues mira, déjame morir. Después de ésta, el mundo no tiene alegrías.